



 PORTADA

 INFORMACIÓN GENERAL

 CONSEJO EDITORIAL

 ENVÍO DE ORIGINALES

 NÚMEROS ANTERIORES

 INDEXACIÓN BASES DE DATOS

 CREATIVE COMMONS

 BÚSQUEDAS

 CONTACTO

Google DENTRO DE C&S



 Reseña /

Juan José GARCÍA-NOBLEJAS

Medios de conspiración social

Eunsa, Pamplona, 1998, 144 pp.

Los medios de comunicación titulan hoy como "Tercera Vía" la actuación de ciertos líderes políticos europeos. Con ello tratan de identificar, en el escenario público, los esfuerzos de Tony Blair, Gerhard Schröder, e incluso Massimo D'Alema, por definir un modelo distinto para el socialismo en Europa. Una nueva generación de socialdemócratas quiere distanciarse del paternalismo estatal sin renegar de valores como la solidaridad, la cohesión social y la integración de los débiles. Los cambios en la práctica política, y los consiguientes ensayos para adecuar la explicación racional a la realidad social, sitúan en primer plano de actualidad el pensamiento de autores como Alasdair MacIntyre y otros más o menos asociados a los planteamientos del comunitarismo. Considerada como alternativa al liberalismo, esta corriente presenta una vía intermedia entre el Estado y el individuo: la comunidad será, para este grupo de intelectuales, la fuente básica del poder social.

El último trabajo de Juan José García-Noblejas contempla, desde una óptica cercana a la doctrina comunitarista, la naturaleza de la comunicación pública en nuestras sociedades. Los medios de comunicación son entendidos, de modo metafórico, como "terceros lugares" de encuentro social, vitalmente alejados no sólo respecto de los órganos de gobierno y de la política, sino también de la economía y de las corporaciones empresariales.

El autor ofrece una alternativa a la concepción liberal del espacio público como ámbito de lo políticamente correcto. Según el liberalismo, los medios se plantean, no sin cierta mala conciencia, como meros "testigos neutrales" de lo que acontece, avalados por un falso pluralismo. Frente a esto, García-Noblejas entiende la comunicación pública como una instancia activa, comprometida en una representación fidedigna de la realidad, e invita al lector a pensar en las profesiones de la comunicación como actividades encaminadas a conseguir el bien común social. Con este fin, recupera el significado clásico del término conspiración para atender a la naturaleza genuina de los medios. Conspirar, en su acepción "positiva primaria implica respirar juntos : aunar, tener, compartir un mismo aliento. (...) Los medios de comunicación social han de conspirar con sus saberes, junto a la sociedad civil y sus poderes, en clave ciceroniana", es decir, han de tener presente que, más acá de los intereses políticos y económicos, "hay un acuerdo público (...), en un asunto público y en concreto del máximo interés (...) para todos los ciudadanos"(p. 15).

La preocupación por definir los rasgos que caracterizan a los profesionales de la comunicación, acerca también la tesis del libro a otro orden de cambios, que acontece no ya en el ejercicio de la política sino en el terreno de la práctica comunicativa, y que refleja modos de hacer comunicación distanciados de los intereses electorales y comerciales. Precisamente a esto responden los esfuerzos por dibujar los marcos teóricos de lo que, principalmente desde ámbitos académicos norteamericanos, se ha venido denominando como "periodismo cívico".

Esta obra reúne cuatro ensayos. En los tres primeros, el autor analiza la situación actual de malestar de los medios de comunicación. El diagnóstico responde al de una sociedad en la que la fascinación por las nuevas tecnologías acentúa la importancia de dominar la técnica. No se advierte, a juicio del autor, que el aumento excesivo del consumo y de la creación de novedosos productos digitales es mera ilusión de ahorrar tiempo en el presente y, sin embargo, pérdida real de esta valiosa dimensión de la vida humana que es el futuro (p. 34).

Esto último se debe a que el modo propiamente humano de controlar el tiempo no consiste tanto en la adquisición de técnicas, como en el incremento de hábitos o virtudes, habilidades personales y no sólo intelectuales, que agilizan el obrar para la consecución de valores comunes. En opinión de García-Noblejas, un exceso de confianza en la técnica ha convertido a ésta última en moneda única para otorgar una identidad profesional a la diversidad de actividades que generan los procesos comunicativos. Según el autor, el acento desmedido en los aspectos técnicos silencia los valores profesionales específicos prácticos (éticos, retóricos, poéticos y políticos) de la comunicación.

Por otro lado, García-Noblejas critica la retórica predominante en los medios: no se busca, a su juicio, convencer, respetando la libertad del otro, sino persuadir al ciudadano para que haga algo. Para ello, el autor ahonda en el concepto de convicción, rasgo propio de la argumentación retórica, que consiste en "(...) dejar latiendo en el auditorio cierta incertidumbre y -sobre todo- dejar libertad de elección" (p. 88).

Los títulos elegidos para encabezar los síntomas que el autor expone en estos tres primeros capítulos ("De la comunicación social a la conspiración social", "Saber no se conjuga en imperativo", "De la presunta neutralidad a la explícita intención de influir"), y la consiguiente propuesta que acompaña, respectivamente, a cada uno a modo

de subtítulo (“Solidaridad en la acción de comunicar”, “De la persuasión a la convicción”, “Amistad, cooperación social y comunicación pública”), ilustran un planteamiento que mantiene el autor a lo largo de toda la obra, y que desarrolla en el último capítulo, “De la corrección política a la corrección simbólica”.

La perspectiva que García-Noblejas ofrece al lector para valorar los fenómenos de la comunicación en nuestras sociedades es clara: los profesionales de la comunicación son parte interesada en el debate sobre la construcción del espacio público. Pero “lo público” no es terreno exclusivamente reservado a ideologías políticas ni a consensos fácticos para un buen funcionamiento de la sociedad.

La propuesta de García-Noblejas implica una ampliación moral de la acepción de espacio público tal y como plantea Hannah Arendt: el espacio vital de las acciones humanas libres dignas de ser tomadas en cuenta para el progreso de la vida en común, y dignas también de hacerse públicas y conservarse en la memoria cultural (pp. 31-32). De ahí que se destaque la “corrección simbólica” -no sólo “política”- que compete a los profesionales de la comunicación. El desempeño de esta profesión parece solicitar una genuina cooperación social, que el autor no duda en calificar como “genuina conspiración ciceroniana”, para alejar posibles tiranías comunicativas del horizonte.

María LUENGO

[arriba](#)